



Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ
Fourth Sunday in Ordinary Time

“God chose the foolish of the world to shame the wise...the weak of the world to shame the strong...”

Zephaniah calls God's people to seek humility, justice, and righteousness, promising that those who remain faithful—even if small and humble—will be preserved and honored. Paul, in his letter to the Corinthians, makes this point even more sharply: God deliberately chooses the “foolish” of the world to shame the wise, the “weak” to shame the strong, and the lowly and despised to reduce to nothing those who think they are something. This is radical: God's wisdom and power do not mirror

the values of society.

In the Gospel, Jesus presents the Beatitudes. The poor in spirit, the meek, the merciful, the persecuted—these are the ones blessed by God. They are the ones through whom God's kingdom is revealed. Notice the pattern: God exalts those whom the world overlooks, showing that true greatness comes not from human achievement but from humility, trust, and love.

Consider one of my friends, a young migrant from another country. With nothing but faith, he scrubbed floors and washed dishes, unnoticed by the world. Yet he shared what little he had with others. Through his quiet trust in God, lives were lifted, hope restored, and God's kingdom quietly revealed. In his humility, God's power was made manifest.

Let us take to heart these words of Paul in our second reading: God chooses those who “count for nothing” so that no human being might boast before Him. In other words, our life's worth is not measured by worldly standards but by our openness to God's Spirit and willingness to live with humility, mercy, and love.

These readings challenge us to rethink how we view ourselves and others. In a world obsessed with power, status, and self-promotion, God calls us to a different path. Our value does not come from what we own, what others think of us, or what we can achieve on our own. Our value comes from being chosen by God, from being instruments of His mercy and love.

May we, like the poor, the meek, and the lowly, trust in God's ways rather than the passing fancy of this world. May we allow God to work through our weakness, our humility, and even our “nothingness” so that His wisdom and love might shine in and through us. In this way, we can live the Beatitudes, becoming true witnesses of God's kingdom here on earth. Amen.

Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ
Cuarto Domingo en Tiempo Ordinario

“Dios eligió a los necios del mundo para avergonzar a los sabios... a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes...”

Sofonías llama al pueblo de Dios a buscar la humildad, la justicia y la rectitud, prometiendo que quienes permanezcan fieles, por pequeños y humildes que sean, serán preservados y honrados. Pablo, en su carta a los Corintios, subraya aún más este punto: Dios elige deliberadamente a los «necios» del mundo para avergonzar a los sabios, a los «débiles» para avergonzar a los fuertes, y a los humildes y despreciados para reducir a la nada a quienes se creen importantes. Esto es radical: la sabiduría y el poder de Dios no reflejan los valores de la sociedad.

En el Evangelio, Jesús presenta las Bienaventuranzas. Los pobres de espíritu, los mansos, los misericordiosos, los perseguidos: estos son los bienaventurados por Dios. Son ellos a través de quienes se revela el reino de Dios. Observen el patrón: Dios exalta a quienes el mundo ignora, mostrando que la verdadera grandeza no proviene de los logros humanos, sino de la humildad, la confianza y el amor.

Consideren a uno de mis amigos, un joven inmigrante de otro país. Sin más que fe, fregaba suelos y lavaba platos, pasando desapercibido para el mundo. Sin embargo, compartía lo poco que tenía con los demás. Gracias a su humilde confianza en Dios, muchas vidas se transformaron, la esperanza renació y el reino de Dios se manifestó discretamente. En su humildad, el poder de Dios se hizo patente.

Tengamos presentes estas palabras de Pablo en nuestra segunda lectura: Dios elige a quienes «no valen nada» para que ningún ser humano pueda jactarse ante Él. En otras palabras, el valor de nuestra vida no se mide por los criterios del mundo, sino por nuestra apertura al Espíritu de Dios y nuestra disposición a vivir con humildad, misericordia y amor.

Estas lecturas nos invitan a replantearnos cómo nos vemos a nosotros mismos y a los demás. En un mundo obsesionado con el poder, el estatus y la autopromoción, Dios nos llama a un camino diferente. Nuestro valor no proviene de lo que poseemos, de lo que los demás piensen de nosotros ni de lo que podamos lograr por nuestra cuenta. Nuestro valor reside en haber sido elegidos por Dios, en ser instrumentos de su misericordia y amor.

Que, al igual que los pobres, los mansos y los humildes, confiemos en los caminos de Dios en lugar de en las vanidades pasajeras de este mundo. Que permitamos que Dios actúe a través de nuestra debilidad, nuestra humildad e incluso nuestra insignificancia, para que su sabiduría y su amor brillen en nosotros y a través de nosotros. De esta manera, podremos vivir las Bienaventuranzas, convirtiéndonos en verdaderos testigos del reino de Dios aquí en la tierra. Amén.